

Factores sociales que explican el pandillerismo juvenil

Julio Mejía Navarrete

RESUMEN

El artículo busca exponer los factores que explican el pandillerismo juvenil de Lima Metropolitana. Una respuesta general se encuentra en el divorcio entre las instituciones de la sociedad y el joven pandillero. Si los jóvenes populares y la sociedad no se comunican la posibilidad de quebrar las normas sociales son altas.

Actualmente se estima que existen más de 1000 pandillas en Lima Metropolitana, de las personas que han sufrido agresiones por las pandillas representa el 36 por ciento, le sigue a la delincuencia común¹. La mayoría de acciones violentistas de las pandillas provienen de los jóvenes de los sectores populares y medios empobrecidos, las mismas que se encuentran compuestas de 7 a 20 miembros, con una edad entre 13 y 20 años, y son predominantemente de sexo masculino, aunque existen pandillas mixtas y algunas conformadas solamente por mujeres. Situación que nos revela la importancia social que viene cobrando el pandillerismo juvenil en la sociedad peruana.

La violencia social en el Perú pareciera encontrarse enmarcada en la tensión aguda entre la modernización restringida y las demandas sociales crecientes de la población. Violencia social que en la actualidad tiene en el pandillerismo juvenil de Lima a uno de sus mayores protagonistas. Situación que se expresa en los estudios de las ciencias sociales del país y de América Latina (Rama, 1986: 17), los cuales han evolucionado de los diagnósticos sobre la incorporación de la juventud a formas modernas de organización social hacia el análisis que recogen la exclusión, la marginación y la violencia en los adolescentes, desde inicios de los ochenta cuando se hizo evidente la crisis social.

¹ Según cálculos de APOYO (1997). En otro estudio, el INEI (1998) estima en 26.3 por ciento las personas agredidas físicamente por pandillas juveniles en Lima Metropolitana.

¿Por qué los jóvenes de los sectores populares asumen la violencia pandillera? ¿Por qué los jóvenes de los sectores populares hacen de la violencia pandillera una forma de vida? Una respuesta general a las preguntas formuladas se encontraría en que la violencia ocurre cuando el vínculo entre el joven y la sociedad es débil o inexistente, la salida a esta situación es la formación de la subcultura de los grupos pandilleros. Si los jóvenes populares y la sociedad no se comunican la posibilidad de quebrar las normas sociales son altas. En este contexto, los jóvenes populares son uno de los sectores más vulnerables, son expulsados de la institucionalidad como producto de la crisis del país, las instancias que se deberían encargar de la socialización de las nuevas generaciones no tienen la capacidad para integrarlos y satisfacer sus demandas de tipo emotivo, empleo, educación, trabajo y consumo. De modo concreto, se puede observar esta precaria relación en los diversos niveles de la sociedad, en la que se desenvuelve el joven de los sectores populares.

En el presente artículo queremos exponer los factores sociales que explican la violencia de los jóvenes pandilleros en Lima. Nos interesa comprender un tipo particular de desviación social, de trasgresión de las normas de comportamiento establecidos y aceptados por la sociedad, aquello que deriva en el delito, es decir en conductas de violación de la ley y la autoridad del Estado por los jóvenes involucrados en grupos de pandilleros. En general, las conductas delictivas de los jóvenes pandilleros corresponden a las que se denominan *delitos violentos* (Gelles y Levine, 1996: 241), que se refieren a agresiones personales, robos, asaltos y violaciones, donde supone un conflicto directo entre los adolescentes y las personas violentadas.

El trabajo de investigación se basa en 20 historias de vida de adolescentes involucrados en grupos pandilleros (Cuadro 1), que permitió alcanzar el nivel de *saturación de conocimiento*. La muestra sigue un procedimiento estructural, que permite seleccionar a los adolescentes por su pertenencia regular y por su representatividad en los grupos de pandillas, teniendo en cuenta el reconocimiento de sus compañeros. Se llevaron sucesivas entrevistas para alcanzar la reconstrucción de la temporalidad de la vida de los protagonistas en sus relaciones con los grupos e instituciones de la sociedad, aspecto que representa a uno de los dilemas más importantes de la sociología. En fin, nos interesa mostrar como los conceptos y teorías sociales se expresan en los sujetos reales y concretos protagonistas de nuestra investigación.

BASES SOCIALES DEL PANDILLERISMO JUVENIL. EL HOGAR

La precariedad del vínculo entre el joven y la sociedad se puede constatar, en primer lugar, en el núcleo básico de la sociedad: la familia. El adolescente se desarrolla en un medio familiar caracterizado por la falta de control social.

Situación que influye de manera decisiva en la vida posterior de los jóvenes pandilleros, la familia es el primer grupo de referencia, cuyas normas y valores distorsionados se adoptan como propias y las cuales sirven de base para evaluar sus comportamientos.

Cuadro 1. Pandilleros entrevistados

SEUDÓNIMO	EDAD	PANDILLA	DISTRITO
Renato	20	"Los Panaderos"	San Martín de Porres
Chapeymata	16	"Rico Túpac"	San Martín de Porres
Macu	15	"La Mafia"	Independencia
Dyango	13	"Custodia"	Independencia
Toño	28	"Holocausto"	Rímac
Cachorro	19	"Los Chávez"	Villa María del Triunfo
Gordo	19	"Los Malaguas"	Villa María del Triunfo
Turri	21	"Los Satánicos"	Villa el Salvador
Alex	18	"Los Mutantes"	Villa el Salvador
Peter	16	"Oasis de la 2da"	Villa el Salvador
Mote	16	"Chicago"	Surquillo
Beto	15	"Zona Crema"	Breña
Mascota	13	"Los de Breña"	Breña
Chemo	13	"Bad Boys"	Breña
Cali	19	"Los Choches"	Barrios Altos
Pantera	17	"Chicos Rojos"	Comas
Chata	14	"Los Barruntos"	Puente Piedra
Gordo Joe	25	"Los Malandros"	El Agustino
Chechi	14	"Los Cirujanos"	San Juan de Lurigancho
Gringo	17	"Los Topos"	San Juan de Lurigancho

La sociedad se muestra en toda su crudeza frente al joven pandillero: la pobreza, precariedad y —muchas veces— desintegración de la familia generan una socialización de sufrimiento, violencia y aislamiento. La situación de pobreza generalizada del país repercute en las familias como causante de comportamientos violentos, por la incapacidad para satisfacer necesidades, servicios y oportunidades de trabajo. La pobreza extrema es causante de tensión permanente, las familias no pueden cubrir ni siquiera sus necesidades de alimentación y la pobreza crítica no permite que las familias puedan acceder a todos los consumos básicos creando frustración y angustia (Gonzales de Olarte y Gonzales, 1988: 11). Las pautas de comportamiento en el seno

familiar no pueden ser coherentes y la vida cotidiana se impregna de violencia. La agresión resultante de la tensión y frustración se transforma en conductas agresivas contra sí mismo –alcoholismo, drogadicción, suicidio, etc.– o contra los hijos y la mujer.

En ese contexto, la crisis familiar es una realidad que amenaza la integración social de la juventud violentista, no sólo se trata de familias rotas, precedidas por hechos de rupturas violentas y de padre ausente, sino fundamentalmente se observa la pérdida de la autoridad moral, el desempleo, el alcoholismo, la drogadicción y la delincuencia socavan la unidad familiar. Lo expresa claramente el siguiente testimonio de un joven pandillero:

“Casi todos los sábados tenían peleas. Por eso, porque mi padre venía borracho y mi madre le sacaba en cara cosas y, ya pues, discutían... Siempre golpeaba a mi madre, una vez fue porque mi mamá como mucho me tapaba, agarraba y me salía, le contaron que mucho tapaba a su hijo, y que era una apañadora, alcahueta, por allí comenzaban, por mi peleaban y por mi papá que era mujeriego.... Varias veces golpeaba a mi madre en mi presencia, antes cuando era chibolo no hacía nada, pero ahora cuando lo quiero pegar, está huevón. Ya dije, está huevón ya crecí, ahora ya no le vas a golpear. Desde allí ya no le hace nada. Me enfrenté a mi papá dos veces”. Cachorro, Villa María del Triunfo.

Se trata de hogares precarios donde las normas de comportamiento se tiñen de violencia familiar, entrelazada con la ideología machista y autoritaria del varón, cualquier postergación o negación de la condición jerárquica y autoritaria es respondida con violencia por el padre (Pimentel, 1988). La socialización que se trasmite por medio de la familia en los jóvenes pandilleros es que las personas sólo sirven para utilizarlas y sacarle provecho.

En esas condiciones de socialización familiar, de sufrimiento, violencia y angustia, el resultado es la falta de comunicación o de ruptura entre los padres e hijos, crece el sentimiento de aislamiento del joven, descubre que se encuentra solo frente a la sociedad. Rodríguez Rabanal (1995: 16.17) señala la ausencia del padre, física y/o afectiva, en los primeros años de vida que se interioriza como un componente de la agresión por medio de la socialización, impide el despliegue de la capacidad creativa y potencia los impulsos destructivos y autodestructivos en los individuos. El relato que se expone a continuación lo expresa claramente:

“Con nadie hablaba mis problemas. Yo sólo me lo metía, es que tenía miedo meterlos en problemas a ellos (los padres)”. Gringo, San Juan de Lurigancho.

La desintegración familiar es una característica central en la formación de los espacios sociales de los jóvenes pandilleros. Los adolescentes crecen en

un medio en el que la familia ha perdido la autoridad y el control social, se encuentran abandonados y crecen en un ambiente de confusión y, lo que es peor, sin discernimiento moral, de lo que es correcto o incorrecto, legal e ilegítimo. La familia para los jóvenes pandilleros ya no representa un centro de fuerte identidad y de propósitos comunes, al contrario se esparce un contrasentido de inseguridad, desamor, conflicto y, sobre todo, empuja a los jóvenes a crecer rápido y llevar la violencia como parte constitutiva de “ser mayor”. Los jóvenes pandilleros se encuentran marcados por las condiciones del ambiente familiar desestructurado en el que se desarrollan.

TRAYECTORIAS EN DESESTRUCTURACIÓN

La desarticulación entre el pandillero y la sociedad se profundiza en la escuela y el trabajo. La incapacidad de la institucionalidad de poder integrar a los jóvenes en el empleo, educación y consumo pueden transformar el sufrimiento familiar en un sentimiento de rechazo y conflicto con los niveles de autoridad en la sociedad. La escuela y el trabajo representan un proceso de transición de los jóvenes pandilleros a la vida adulta en la que convergen formas de exclusión con una clara tendencia a la desestructuración del espacio y el tiempo social.

Las condiciones de trabajo en los jóvenes involucrados en el pandillerismo reproducen la fragilidad de la sociedad peruana. Aquí el trabajo es una necesidad debido a la pobreza de las familias, la mayor parte de los jóvenes estudiados empezaron a trabajar desde los 5 años. El trabajo es eventual, carece de calificación y es de muy baja remuneración o son simplemente propinas. Lo cual podría estar bien, si fuera un trabajo que los lleve a una ocupación estable, y no es así, predomina el subempleo, la precariedad y el *cachueleo*. Se trata de un proceso de incorporación temprana del niño, luego adolescente, al trabajo, en condiciones de exclusión y marginación del mercado de trabajo productivo hegemónico de la sociedad (Figueroa, Altamirano y Sulmont, 1996: pp. 31-36). El testimonio que a continuación se presenta lo señala en toda su crudeza:

“Yo empecé a trabajar desde los trece años con mi viejo en la mecánica, le ayudaba. Me pagaba un poco (...). Antes lavaba platos en un restaurante, en un chifa, igual lavaba carros, vendía caramelos, galletas, en carpintería de ayudante; y el último ahora acá en un aserradero. Trabajo desde los trece hasta los dieciséis. (...). Pero una vez estaba trabajando y no me pagaron, me tenían paseando. Como era chibolo no me pagaban. Fue en un restaurante de San Borja. Como no me querían pagar agarré y me robé un par de cucharas de plata”. Cachorro, Tablada de Lurín.

La socialización de los jóvenes pandilleros tiene en el trabajo uno de sus ejes centrales y no en el juego, el tiempo del juego tiende a ser colonizado por el trabajo, lo que crea una conciencia de precariedad, marginalidad y necesidad. De esta forma, se genera un conflicto de identidad en estos niños, que expresa el hecho que querían ser reconocidos como niños mediante el juego, pero por otro lado, manifiestan que no podían serlo, tenían que asumir roles de adultos antes de tiempo. El tránsito a la etapa adulta resulta extremadamente difícil y ambiguo en el joven pandillero, no resulta de un proceso natural sino es producto de la adaptación a una sociedad que domina y somete a la sobrevivencia (Rodríguez Rabanal, 1989: 229). Se acentúa el desarrollo desigual en su integración a la vida adulta, particularmente en lo referente al trabajo, este sector de la juventud no tiene infancia. En una sociedad excluyente que distorsiona el proceso juvenil en su formación educativa y capacidad para ser adulto, la socialización se desarrolla en un agudo conflicto y ambigüedad (Bourdieu, 2000b: 145).

El trabajo, que reemplaza al juego, se percibe como una imposición violenta de la sociedad, de los mayores, es una actividad para *vivir y comer*, es sólo una actividad inmediata, inmediata, sólo para la estricta sobrevivencia y no como parte del progreso individual, no para el futuro, no es un medio de movilidad social y desarrollo personal. El trabajo precario e inmediato los socializa en la falta de aspiraciones para el futuro, los induce a tener pocas esperanzas o planes para el porvenir, sólo sirve para vivir el presente. Se expresa en el siguiente relato:

"Tendré que matarme trabajando porque no tengo una profesión con qué basarme, conseguir un trabajo no bueno, pero algo para responder a mi familia". Turri, Villa el Salvador.

En suma, el trabajo desarrolla un sentimiento de resignación y frustración frente a urgencia y precariedad, no es un medio para que cambien las condiciones de existencia de los jóvenes pandilleros. En esas condiciones, la trayectoria del trabajo no puede representar un vehículo para reconocer las oportunidades y recompensas para el futuro.

La escuela para los jóvenes pandilleros no significa la institución que trasmite valores de disciplina, sentido de organización, logro de ser profesional, entereza moral y competencia. Las trayectorias escolares tienden a ser cortas o erráticas, la mayor parte de los jóvenes pandilleros han sido expulsados o han desertado. La especificidad de esta forma se caracteriza por el bloqueo sistemático a la inserción educativa, se escapan al control de la escuela y pierden la posibilidad que asuman actitudes y valores culturales que los preparen para asumir roles futuros en la sociedad. Al contrario, la escuela representa en la vida de los jóvenes pandilleros el rechazo a la

institucionalidad y el desarrollo de conductas violentistas. El testimonio de un pandillero lo muestra:

“Sí, (me ha maltratado) el profesor de matemáticas, cuando me pinté la cola, me dijo por qué te has pintado, y yo le dije que me había pegado mi amigo, pero yo le he tirado un combo, y de allí me dijo que por qué no te cortas el pelo, pero trajo tijeras, me cortó, me castigó, porque como era mi amigo me castigó una hora, en una silla sentado con las piernas abiertas encima de mis pies. Estaba cansado y me cortó el pelo, de allí ya no fui al colegio, me largué. Yo ya no quería estudiar, ya en quinto grado me había expulsado, pero ahora en el sexto ya no”. Chechi, San Juan de Lurigancho.

Gran parte de los jóvenes pandilleros no han terminado la educación secundaria o en todo caso han truncado sus estudios por “*problemas de mal comportamiento*” frente a sus profesores o problemas conductuales dentro el colegio. Algunos llegaron hasta el segundo o tercero de secundaria y fueron expulsados del colegio por los constantes enfrentamientos que tenían con sus profesores, o también por retiro “*voluntario*” ocasionado por la situación de conflictualidad que atravesaba el hogar o por la falta de medios económicos.

Así, muchos de los jóvenes inician el tipo de actitudes y comportamientos agresivos desde que se encuentran en la secundaria. Muchos de ellos se describen como jóvenes que nunca hicieron “*cosas malas*” durante sus estudios de primaria e incluso se ponen como modelos de esa etapa “*con buenas notas*”; sin embargo, todo empieza en secundaria, donde se tienen que enfrentar a los jóvenes de otros colegios y de otros barrios o porque simplemente “*no les gusta*” el colegio. Y esto es en gran parte decisivo para la continuación de sus estudios ya que muchas veces se ven truncados o en otros casos son obligados a abandonarlos.

La escuela es el espacio social donde la frustración gana terreno y desemboca en episodios de ruptura y violencia. Las normas y reglas de la autoridad escolar pierden todo sentido en el control de los jóvenes. Más bien, para los jóvenes pandilleros la escuela representa la gestación de una conducta que se rutiniza en el conflicto contra el orden y autoridad institucional. Los jóvenes pandilleros al comparar la escuela y la pandilla no dudan en escoger la vida pandillera, el relato siguiente lo expresa en todo su dramatismo:

“Con la pandilla es más bacán (que en el colegio), estar allí haciendo hora con la gente. Dejé el colegio por andar en la pandilla, mucho andaba en la pandilla y me iba a la calle y no iba al colegio... Yo me he preparado sólo en la calle, ... en secundaria me escapaba cada rato”. Cachorro, Villa el Salvador.

La raíz de este proceso se puede encontrar en el fuerte escepticismo de los jóvenes pandilleros con respecto al valor de las credenciales educativas, que supone un sacrificio no sólo de tiempo sino implica, principalmente, una subordinación a la autoridad. Se rechaza la escuela porque hay un reconocimiento de la precariedad de la educación nacional, especialmente de la pública donde acceden los hijos de las familias pobres, pero, sobretodo, hay una conciencia de su significado: ya no representa un medio para el desarrollo personal, de movilidad social. La escuela se vuelve el espacio donde la frustración y resignación discurren a comportamientos de conflicto y violencia (Feito, 1995: 27-28). Se percibe que la escuela ya no tiene ninguna responsabilidad de preparar gente joven para el mundo del trabajo y para introducirlos en las distintas organizaciones de la sociedad. En estas capas de la juventud, la escuela ha perdido toda su fuerza moral de educar y socializar para la vida.

La transición de estos jóvenes a una vida adulta, en condiciones de precariedad del trabajo y de un marco escolar desestabilizado, describe una *trayectoria en desestructuración*, según define Joaquín Casal (1996: 314-315). El trabajo y la escuela tienden a desestructurar al joven pandillero en el espacio y el tiempo social, prefijando un cuadro de exclusión social. La marginación del mercado de trabajo y la carencia sistemática de capacitación profesional desarrolla un sentimiento de pérdida de sentido frente al estatus ocupacional futuro, el joven no se siente parte de una estructura de empleo que defina su vida, y, a la vez, se produce una falta de conciencia con relación al ordenamiento de los días en la vida cotidiana, da lo mismo los días laborales que los fines de semana o los festivos, el orden cronológico discurre sin ninguna orientación para la vida de los jóvenes pandilleros. La naturaleza de la trayectoria a una vida adulta de los jóvenes pandilleros muestra la ausencia de instituciones que los integren a un sistema societario.

El empleo y la escuela muestran el desarrollo de conductas de rechazo de los jóvenes a las instituciones sociales. El sentimiento de aislamiento y falta de comunicación familiar evolucionan hacia conductas de enfrentamiento con las mismas instituciones de la sociedad peruana, desertión y precariedad de los jóvenes frente a la escuela y el trabajo. El desarrollo de trayectorias de exclusión estructural genera una tendencia hacia el victimismo pasivo, de la reclusión o aislamiento del joven hacia formas de desafección y violencia contra las propias instituciones, contra los otros o contra sí mismos.

VIOLENCIA Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN

El divorcio entre el joven y la sociedad induce a conductas de rechazo a las instituciones sociales. Sin embargo, creemos que el rechazo social se

puede transformar en agresión y conducta delictiva contra la misma sociedad por la enorme influencia de los medios de comunicación de masas, radio, vídeo, historietas, periódicos, revistas, cine, especialmente de la televisión, por el consumismo desenfrenado que provoca y por el contenido violentista del discurso.

En realidad los medios de comunicación ejercen un poder mayor en la formación de los jóvenes, por el aflojamiento de las estructuras familiares, ocupacionales y educativas del joven pandillero. En estas condiciones, es fácil que el niño muestre un entendimiento muy pobre de los contenidos y una gran confusión de la fantasía y la realidad, es parte de un proceso de interiorización cognitivo que tiene su génesis en la infancia y se manifiesta en la adolescencia a partir de formas violentas (García y Ramos, 1998: pp. 209-289). La televisión se apropia del poco tiempo que disponen los niños para dedicarse a las actividades lúdicas y recreativas. En ese sentido, una investigación realizada en Lima encontró que uno de los principales pasatiempos de los jóvenes era ver televisión², en un 25 por ciento; luego de conversar con sus amigos, 40 por ciento, seguido de escuchar la radio, 11 por ciento y practicar deporte, con sólo 6 por ciento (Vega-Centeno, 1994: 79). Los medios de comunicación se han transformado en el centro fundamental de socialización para la juventud pobre, no sólo por el tiempo que le dedican sino, también, por el proceso de homogeneización cultural basado en el consumismo y la violencia.

El contenido violentista que transmiten los medios de comunicación influyen cada vez más en la conducta de los jóvenes pandilleros. Los jóvenes están expuestos a la violencia no sólo en los programas sobre crímenes, sino cada vez en los programas de caricaturas y noticias. En los últimos años los estudios encuentran que hay una relación entre el contenido de violencia de los medios de comunicación, en particular de la televisión, y las formas de conducta conflictivas y agresivas de los jóvenes (Wartella, 1998: 10-11). Portocarrero (1998: 234-235) indica que la televisión incrementa el potencial agresivo, al reducir las inhibiciones, y crea un contexto favorable a las acciones violentistas de los adolescentes. La consecuencia es que los medios desensibilizan emocionalmente a los jóvenes pandilleros frente a la violencia de la sociedad y frente a las víctimas que sufren los actos agresivos y pueden conducir a tomar actitudes duras de violencia contra los otros.

En condiciones de debilidad en el proceso de socialización del joven involucrado en situaciones de violencia, pareciera que es cierto la afirmación

² También puede consultarse en la misma dirección los trabajos de María Teresa Quiroz (1993).

de Giovanni Sartori (1998: 37), acerca de que los medios de comunicación no sólo habitúan a los jóvenes en la violencia, pasando a ser parte de su vida cotidiana y “normal” y hacerlos más violentos, sino, lo más importante, es que les crean un *modelo excitante y tal vez triunfador de vida*, proporcionándoles el mecanismo para lograr expectativas y una forma de los conflictos por medio de la violencia. Les proporciona un modelo de vida en su relación con la sociedad, basada en la transgresión y violación de la norma y leyes vigentes. En esa misma dirección, la investigación a escala mundial de UNESCO sobre la violencia de los medios y los niños confirma los mismos resultados, impulsa un modelo y postulado de éxito basado en la agresión y el conflicto de los adolescentes en situaciones problemáticas (Grobel, 1998). Todo apunta a señalar que los mensajes violentistas de los medios de comunicación, que son interiorizados por los jóvenes pandilleros, tienden a legitimar el conflicto y la agresión, el testimonio siguiente lo muestra de la siguiente forma:

“A mí me gusta ver películas de acción, de acción porque es bacán, es alucinante, porque las balas corren, ilocazo! Me vacila Bruce Lee, porque era flaquito y peleaba bastante, era bien ágil. Hasta que yo aprendí karate, también para ser ágil. Yo lo miraba que era flaquito y demostraba fuerza ... , uno ve acá si uno quiere igualarse, uno mira así, y hasta la gente de mi barrio dice, alucina, como nosotros tengamos esas armas y nos vamos arriba ... para matar a esos huevones, a los ‘malaguas’, sí”. Cachorro, Villa María del Triunfo.

La televisión crea una mitología de guerra, de lo espectacular, de superhéroes, la vida es violenta, de esta forma recrea el ideal masculino, la identificación de los jóvenes con las imágenes culturales disponibles, especialmente, la dureza, la fuerza física o el personaje que *“todo lo puede”*, y se incentiva la emoción por prácticas sociales arriesgadas y fuertes, eligiendo *héroes* como modelos de masculinidad, refuerza el machismo de las relaciones de parentesco con la violencia de las relaciones sociales. No se trata solamente del personaje como símbolo de identidad de la *“fuerza agresiva”*, sino a la vez también se ubican una diversidad de distintivos simbólicos que al interior de los mismos se presentan: el arma, la vestimenta, los signos y la semántica que trasmite como parte de todo un imperio de la ley.

Los medios de comunicación recrean un orden basado en imágenes violentistas que no necesitan justificación y se vuelven evidentes en la vida social de los jóvenes pandilleros. Siguiendo a Bourdieu (2000a: 12) podemos afirmar que los medios introducen una forma de *violencia simbólica* que se ejerce como un acto de coerción e imposición externa de mensajes culturales violentistas a los individuos; pero, a la vez, hay un consentimiento e incorporación de la violencia en la conducta de las personas, como algo “natural”.

Sin embargo, el aspecto más importante de la influencia de los medios de comunicación es que cada vez más moldean las expectativas de los jóvenes, señalan un paraíso de mercancías y muestran que todas y cada una de las personas pueden acceder al consumo, estimulan al máximo los apetitos consumistas. Robert Merton anotaba que nuestras aspiraciones son inducidas por las condiciones socioculturales, es aquí donde los medios de comunicación tienen un papel cada vez más decisivo en la formación de los individuos. Pero, los medios que proporciona la sociedad son insuficientes o nulos, los jóvenes crecen en un ambiente de pobreza, carencia de trabajo y debilidad de la identidad personal. La violencia de los jóvenes pareciera encontrarse enmarcada por la tensión aguda entre la modernización restringida del país y las demandas sociales crecientes de la población.

De esta forma se produce una contradicción entre las expectativas crecientes de la población y los medios precarios disponibles que la sociedad ofrece para alcanzarlos, se genera una tensión en la estructura social que incita el desarrollo de formas de desviación, los jóvenes pandilleros resultan los más proclives a subvertir las normas sociales. La teoría de la tensión cultural de Merton (1972: 140-166), para explicar las formas de transgresión de las normas sociales de comportamiento, adquieren toda su fuerza para comprender la conducta de los jóvenes pandilleros.

Los medios de comunicación llevan esta contradicción a situaciones extremas, a los jóvenes se les muestra que se puede alcanzar el bienestar y la abundancia, al mismo tiempo, las oportunidades para lograr y realizar las expectativas y aspiraciones en nuestra sociedad son limitadas y excluyentes. El resultado en el joven pandillero es la frustración, resignación, rechazo, además que acentúa la conciencia de ser un grupo social marginado, que no tiene los medios disponibles por la sociedad para acceder o realizar sus expectativas. Los medios de comunicación potencian el sentimiento de privación que viene experimentando el joven pandillero, al comparar sus carencias y necesidades con la situación de abundancia de recursos que muestra la sociedad. Hannah Arendt (1970: 56-57) decía que la actitud al culto a la fuerza y la prédica de la agresión brota cuando se convierte en abierta negación a los valores fundamentales de la sociedad, cuando cobra sentido en los individuos las carencias y necesidades no satisfechas. En un contexto de pobreza y exclusión los medios de comunicación crean las condiciones para que los jóvenes reaccionen con furia cuando se les ofrece un mundo extremadamente desigual, al que no pueden acceder las mayorías y sólo está vetado para otros sectores minoritarios.

Como las oportunidades legítimas para alcanzar metas y expectativas que incita la cultura son limitadas o no existen, los jóvenes pueden buscar

formas alternas, los medios de comunicación educan en una identificación con las imágenes culturales basadas en la violencia, la ruptura de normas sociales y la predisposición de conductas basadas en el delito.

DESVIACIÓN Y ANOMIA

El modo de acceder a las expectativas sociales, en forma legítima, acrecentado por el poder de la televisión, es escaso o nulo por la precariedad de la sociedad, paradójicamente los mismos medios de comunicación inducen un modelo violentista del logro y realización social de las demandas generadas. La posible reacción de los jóvenes pandilleros frente a las expectativas culturales consumistas es la utilización de medios ilegales y desaprobados culturalmente por el resto de la sociedad hegemónica.

Pero, todo ello es posible en una sociedad que ha roto toda inhibición moral en torno al uso de la violencia, que niega pautas claras en la sociedad sobre las diferencias entre violencia y otras formas institucionales y válidas de comportamiento. La condición de ausencia o pérdida de valores y normas aceptadas en la sociedad hace que los jóvenes se encuentren desorientados, sus deseos estén fuera de control y actúen según su antojo. Los jóvenes pandilleros se desarrollan en ciertas *zonas grises* de la sociedad limeña, donde las normas y los valores de integración se ven socavados sin ser reemplazados por otros.

En particular, los jóvenes pandilleros son los hijos de los que fueron migrantes impetuosos, que correspondió a la formación de los asentamientos humanos y barrios populares de Lima. El espíritu pionero de la migración se ha extinguido y simultáneamente las organizaciones vecinales han entrado en un proceso de postración. Diversas investigaciones destacan que la dinámica de la organización y participación de base adquirieron fuerza en los años sesenta y tomaron forma definitiva en la década de los setenta; mientras que en los años ochenta en adelante se asiste a su paulatino debilitamiento y crisis³. En la actualidad, son otras las condiciones que enfrentan los jóvenes en la sociedad popular.

El proceso de modernización limitada que experimentó el país no logró la incorporación de todos los grupos poblacionales, especialmente de los sectores populares. Este proceso se hizo evidente desde los años ochenta, se rompió todos los encuadramientos que le imprimían cierto nivel de certidumbre, la informalización atravesó el cuerpo entero de la sociedad, la economía,

³ Véase los trabajos de Mejía (1994), López (1990) y Riofrío (1991).

las clases sociales, organizaciones de la población, las formas sindicales y las instituciones. Contrariamente, la debilidad de la organización de la sociedad no ha derivado mayormente en su desestructuración y anomia generalizada, sino que emergieron nuevas relaciones y actores que se orientan a producir o reproducir nuevas formas de integración social basados en la religiosidad, la reciprocidad, el parentesco, las estrategias de sobrevivencia, la micro y pequeña empresa (López, 1995: 246-247). Sin embargo, son los jóvenes populares uno de los sectores sociales más afectados y vulnerables de la crisis que experimenta el país, son expulsados de la institucionalidad, las instancias que antes se encargaban de la socialización de las nuevas generaciones no tienen la capacidad para integrarlos y satisfacer sus demandas de tipo emotivo, empleo, educación y consumo. En otro estudio, Carrión (1999: 157) indica que en América Latina son los jóvenes el principal componente afectado por la violencia, tanto como agentes y como víctimas del proceso.

El desarrollo de la participación de base en los últimos años ha sido frenado principalmente por la crisis económica, la violencia social y la expansión del individualismo. La consecuencia es una mayor fragmentación y masificación de la sociedad, la masificación de la sociedad. En efecto, la crisis económica ha erosionado en grado mayor las bases del agrupamiento social de los sectores populares, se ha ensanchado la sociedad de masas y se ha reducido el espacio de las clases sociales. La desarticulación del agrupamiento social se expresa en un crecimiento brutal de masas excluidas, de desempleados, subempleados y la informalización, que afecta de manera aguda a los jóvenes más pobres. La crisis de agrupamiento social como espacio público se transforma en el lugar del tumulto, la disgregación e individualismo, conforme lo concebía Alexis de Tocqueville (1969: 259-263). En ese contexto, la participación popular que más se ha desarrollado se encuentran en las organizaciones de sobrevivencia; las antiguas organizaciones vecinales languidecen conforme las barriadas superan la *etapa de estera*, no obstante la existencia de viejos y nuevos problemas que padecen. Se trata fundamentalmente de una intervención de la población para resolver sus necesidades vitales (comedores populares, vaso de leche, salud, etc.), de manera puntual, de corto plazo, aislada con las otras organizaciones del barrio y de mayor dependencia con las agencias externa de ayuda. A ello se sumó la violencia política, durante los ochenta y gran parte de los noventa, que amenazó a dirigentes y organizaciones de los sectores populares agravando más su crisis.

En otro estudio, Kowarick describe un proceso similar en la sociedad popular de América Latina (1991: 92), la carencia de empleo y la inseguridad de la calle están generando en la población pobre la negación de la condición pública de la ciudadanía y de su capacidad de organización, dando el surgimiento de un subciudadano reducido al ámbito privado e individualista. Los

jóvenes pandilleros perciben la situación del país de modo caótico y desarticulado, cuyos principales problemas son el trabajo y el abandono moral. La “*falta de trabajo*”, los “*bajos sueldos*” y los “*despidos*”, representan la visión marcada por una situación de pobreza o de “*ser pobres*” por el barrio donde viven o por las condiciones de exclusión y marginalidad en las que se encuentran. La drogadicción, representa otra de las situaciones que expresa el abandono de las personas, que los aniquila y es la expresión más extrema de la pérdida de valores y orientación en la vida. Es una imagen pesimista de la realidad en que viven. Refiriéndose a esta problemática, uno de ellos dice:

“*Putá, problemas hay un montón, pero primero la ‘chamba’.* Encuentras ‘*chamba*’ de asesino, de ‘*choro*’, pero, puta, son huevadas que al final te cagan. Luego otro problema la misma droga, la misma gente es un problema”. Cali, Barrios Altos.

En correspondencia con lo anterior, asistimos a un cambio de las mentalidades en la sociedad popular, la idea del progreso que se formó desde los años cincuenta, con la urbanización, la expansión educativa y la modernidad social, ha cedido hacia una visión menos optimista del futuro en los núcleos más pobres y desorganizados de la sociedad popular. En efecto, desde los ochenta se desarrolla una idea de la *supervivencia* o del *superviviente*, figura que tiende a primar; aquí la persona agota su accionar en una situación precaria de la vida, prima una conciencia del sentido común, el acceso a la modernidad es una posibilidad que no llega a cumplirse, lo que genera fracaso y frustración. Se trata de una persona sin perspectivas y aspiraciones, sólo se desarrolla una actitud defensiva e individualista frente al mundo. En estas zonas de mayor pobreza es probable que muchos de los rasgos de la *cultura de la pobreza*, que describe Oscar Lewis para México (1961) y Rodríguez Rabanal (1989), desde el psicoanálisis, para un sector de la población en pobreza extrema de las barriadas de Lima comiencen a tomar forma de manera dramática, donde el alcoholismo, drogadicción, el abandono, la inseguridad, la desesperación, el gregarismo, la marginalidad y la incertidumbre se transforman en parte esencial de la vida cotidiana de las personas.

De lo anterior, se desprende que los jóvenes pandilleros expresan la pérdida del compromiso con la comunidad popular mayor, no se sienten identificados con la experiencia de la construcción social emprendedora de sus padres, hoy viven una desorientación tremenda y carente de alternativas, acentuándose una crisis de identidad en los adolescentes de los barrios populares de Lima.

Durkheim (1989: 277) calificaba a estas condiciones de *anomia*, cuando las normas sociales que rigen el comportamiento se encuentran en crisis en ciertos sectores de la sociedad. En ese sentido, la anomia ocurre cuando

coinciden pobreza, en la que viven las familias de los jóvenes pandilleros, con una sociedad que expande tolerancia y liberalidad, se imponen menos restricciones y vigilancia a los sujetos. En efecto, vivimos en una *sociedad del riesgo* que potencia el individualismo, la desvinculación de los sujetos respecto a las instituciones tradicionales, se observa cada vez menos pautas sociales estables que constituyan estructuras vinculantes y *ficciones de seguridad* relevantes para la conducta de los sujetos (Beck, 1997: 26). Se produce un *relajamiento institucional*, familia, trabajo, escuela y sociedad de clases entran en crisis, el control social sobre el individuo disminuye o desaparece, el resultado es que los adolescentes quedan librados a su suerte, carecen de modelos de referencia sobre los cuales definir su conducta, se genera un relativismo en los valores que orientan sus vidas y se expande el individualismo dominado por la atomización y la desorganización social. La falta de normas y valores en la sociedad sobre la responsabilidad y consecuencias éticas de los comportamientos puede derivar en hechos de conflicto y violencia.

HIPERINDIVIDUALISMO COMUNAL

El predominio de la atomización social, el aislamiento del joven, la falta de oportunidades legítimas para desarrollarse y realizar las expectativas culturales de la sociedad dominante, posibilitan el desarrollo de la violencia juvenil. Se desarrolla una subcultura basada en pautas, valores proviolentistas y actividades ilegales, el joven comienza adquirir actitudes que justifican la violencia, el grupo desarrolla *oportunidades ilegítimas* que permiten violar las leyes y normas de conducta para alcanzar las necesidades y expectativas del joven pandillero.

Las oportunidades ilegítimas propician la gestación de subculturas de las pandillas, donde se aprende comportamientos violentos a los que están acostumbrados, se hace vida cotidiana, se satisface la aspiración a “ser alguien”. En el grupo pandillero es donde el comportamiento delictivo se socializa, se implican en pautas de comportamientos desviados que son interiorizados como positivos y se rechazan las conductas convencionales, los integrantes se orientan en formas culturales que evadan la autoridad del sistema y asumen valores de conducta desviadas del conjunto de la sociedad. La pandilla es una forma de estrategia de sobrevivencia que ciertos jóvenes poseen ante el embate de la pobreza y la exclusión, es el refugio *distorsionante* frente a la cultura y sociedad dominante que los margina. Las pandillas representan el *grupo de iguales* de estos adolescentes en los barrios populares de Lima. Constituyen la instancia de mayor influencia sobre los integrantes, se establece como el grupo de referencia, modelo que socializa al joven en normas, valores o conductas sociales teñidas de conflicto y violencia. En la subcultura

de las pandillas juveniles la violencia se hace un modo de vida; peleas, vandalismos o robos son parte de la cotidianidad. Los jóvenes pandilleros hacen violencia con todo lo que signifique orden y autoridad, y no se trata sólo del enfrentamiento con los grupos rivales sino se extiende con la policía, con los vecinos y con los transeúntes. *Peter* lo explica de la siguiente forma:

“A nosotros nos conocen como ‘Los Chicago Chico’ o ‘Los de Oasis de la Segunda’, pero más nos conocen como Oasis. Se creó hace cuatro años, hemos quemado la camioneta de la policía, hemos quemado ‘jatos’ de unos patas que le tenemos bronca, de la pandilla ‘La Primera’ de los cubanos de abajo. Allí todos son negros”. Peter, Villa el Salvador.

La subcultura de la pandilla permite a los jóvenes canalizar, de algún modo, la aspiración del logro material en una sociedad donde las oportunidades son escasas o inexistentes, se crea un espacio desviante de protección a la humillación, ostracismo y la atomización. En un trabajo clásico sobre el tema, Whyte (1971: 313) señala que la falta de seguridad social y la composición habitual del grupo contribuyen a generar una intensa cohesión social. En la investigación sobre las tribus urbanas Michel Maffesoli (1990: 50) recupera el concepto de Max Weber sobre *comunidad emocional* para dar cuenta de las formas de agrupamiento de los jóvenes en pandillas, que representan el refugio frente al rechazo de las instituciones de la sociedad, único espacio social donde se comparte y protege a sus miembros de la despersonalización ante la atomización y marginación del conglomerado urbano

En suma, los jóvenes al ser rechazados por las instituciones, familia, escuela, trabajo, que antes se encargaban de su socialización, están generando sus propios espacios, centros comunes de satisfacción de sus necesidades materiales y de afecto que la sociedad ya no puede ofrecerles. Espacios sociales definidos por una subcultura de la urgencia y del recelo hacia los demás. Lo urgente, que se sustenta en lo que Manuel Castells denomina *hiperindividualismo comunal* (Castells, 1997: vol. 2, 87), individualismo extremo que expresa el deseo irrestricto de libertad, en un rechazo hacia toda forma de autoridad y la satisfacción inmediata, en la que no existe el futuro, sólo el presente para acceder a todo lo que la sociedad propicia; comunalismo, porque para lograr el hiperindividualismo se necesita del apoyo mutuo y la participación colectiva de los integrantes de la pandilla, que disminuyen la tensión permanente y angustia de las personas ante un sin futuro que los condena es el único medio social para poder delictir. De esta manera, el grupo pandillero realiza un doble papel, primero, el papel integrador de los sujetos en su interior y, segundo, el papel impugnador hacia fuera, la sociedad. Uno de los jóvenes pandilleros lo expresa del siguiente modo:

“En holocausto he aprendido la unión. Lo que no he visto en los partidos

políticos, no lo he visto en la comisaría ni en los vecinos, porque a pesar de que digan a los muchachos vagos, fumones, rateros, delincuentes y de todo lo que pudieran decir. Yo sé que esas personas que los insultan, no lo saben, pero por ejemplo cuando murió 'Chaveta' sacaron todititos bolsas de comestibles de alimentos porque su madre se estaba muriendo y él era el único que mantenía su hogar, haciendo lo que hacía pero el mantenía su hogar, a su madre, a sus hermanos, a todos. Entonces, todos juntaron plata como sea, no te miento, de repente habrán robado yo no sé, pero todos compraron algo aunque sea una caja de fósforo, pero pusieron arroz, azúcar de todo. Y cada vez que hubo que juntar una bolsa, 'una chancha' para el amigo que ha guerreado y de repente ha quedado hospitalizado y tenemos que llevarle algún comestible al hospital. Todos hacen eso, una unión, una bolsa y le llevan". Toño, Rímac.

El recelo se sustenta en una visión tribalizada de la vida, la sociedad como un cuerpo integrado desaparece y se fragmenta en pequeños grupos, la existencia social de los jóvenes se sustenta sólo en la pandilla y en el rechazo hacia todo lo que no le pertenezca.

En condiciones de pobreza y exclusión, el futuro de los jóvenes pandilleros es bastante sombrío, las posibilidades de encontrar un lugar diferente en el orden social legítimo son muy limitadas, al contrario se encuentran presionados, por un lado, por la existencia de redes de delincuencia organizada, de pasar de los pequeños actos delictivos a una vida de delincuencia organizada o, por otro lado, está la resignación, el abandono y el uso de la violencia contra sí mismo, es decir, el consumo de drogas, el alcoholismo y hasta el suicidio.

BIBLIOGRAFÍA

APOYO S.A.

1987 *Encuesta de Opinión Pública, proyecto 'La violencia intencional en Lima Metropolitana: magnitud, impacto y evaluación de políticas de control, 1985-1999'. Lima*

ARENDT, Hannah

1979 *Sobre la violencia. Cuadernos de Joaquín Moritz, México.*

BECK, Ulrich

1998 *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad, Piados, Barcelona.*

1997 "La reinventación de la política: hacia una teoría de la modernización reflexiva". En Ulrich Beck, Anthony Giddens y Scott

Lash. *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Alianza Editorial, Madrid.

BOURDIEU, Pierre

2000a *La dominación masculina*. Anagrama, Barcelona.

2000b *Cuestiones de sociología*. Istmo, Madrid.

1977 *Sobre la televisión*. Anagrama, Barcelona.

CARRIÓN, Fernando

1999 "Violencia urbana y sus nuevos escenarios". En: Ton Salman y Eduardo Kingman (Eds.) *Antigua modernidad y memoria del presente. Culturas urbanas e identidad*. FLACSO Ecuador, Quito.

CASAL, Joaquín

1996 "Modos emergentes de transición a la vida adulta en el umbral del siglo XXI: Aproximación sucesiva, precariedad y desestructuración". En *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N^o 75, Madrid.

CASTELLS, Manuel

1997 *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Alianza Editorial, Madrid.

DURKHEIM, Emile

1989 *El suicidio*. Akal, Madrid.

ENCINAS, José

1994 *Bandas juveniles. Perspectivas teóricas*. Trillas, México.

FIGUEROA, Adolfo; ALTAMIRANO, Teófilo y SULMONT, Denis

1996 *Exclusión social y desigualdad en el Perú*, OIT, Lima.

FEITO, JOSÉ

1995 *Estructura social contemporánea. Las clases sociales en los países industrializados*. Siglo XXI, Madrid.

GARCÍA, Sarah y RAMOS, Luciana

1998 *Medios de comunicación y violencia*. FCE, México.

GELLES, Richard y LEVINE, Ann

1995 *Introducción a la sociología*, McGraw-Hill, México.

GIBBONS, Don

1993 *Delincuentes juveniles y criminales. Su tratamiento y rehabilitación*. FCE, México.

- GONZALES DE OLARTE, Efraín y GONZALES, Pilar
 1998 *Pobreza y violencia doméstica contra la mujer en Lima Metropolitana*. Documento de Trabajo N° 94, IEP, Lima.
- GROEBEL, Joe
 1998 "The UNESCO global study on media violence". En *Children and media violence. Yearbook from the UNESCO clearinghouse on children and violence on the screen*. Paris.
- GROMPONE, Romeo
 1999 *Las nuevas reglas de juego. Transformaciones sociales, culturales y políticas en Lima*. IEP, Lima.
- INEI
 1998 *Encuesta de hogares sobre victimación*. Lima.
- KOWARICK, Lúcio
 1991 "Ciudad & ciudadanía. Análisis de metrópolis del subdesarrollo industrializado". En *Nueva Sociedad*, N° 114, Caracas.
- LEWIS, Oscar
 1961 *Antropología de la pobreza: cinco familias*. FCE, México.
- LÓPEZ, Sinesio
 1995 "Derechos ciudadanos, sociedad, política y Fuerzas Armadas en las tres últimas décadas". En Julio Cotler (ed.). *Perú 1964-1994. Economía, sociedad y política*. IEP, Lima.
- MERTON, Robert
 1972 *Teoría y estructura raciales*. FCE, México.
- MAFFESOLI, Michel
 1990 *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en la sociedad de masas*. ICARIA, Barcelona.
- MEJÍA, Julio
 1999 "Espacios sociales y violencia pandillera en Lima". En Wilfredo Kapsoli, Julio Mejía et al. *Modernidad y pobreza urbana en Lima*. URP, Lima.
- 1992 "Lo público y lo privado en las clases populares de Lima. En: *Alma Mater. Revista de Investigación de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos*, N° 7, Lima.

- PANFICHI, Aldo y VALCARCEL, Marcel (eds.)
 1999 *Juventud: sociedad y cultura*. PUC, Universidad del Pacífico, IEP, Lima.
- PIMENTEL, Carmen
 1988 *Familia y violencia en las barriadas de Lima*. Gráfica Bellido, Lima.
- PORTOCARRERO, Gonzalo
 1988 *Razones de sangre. Aproximaciones a la violencia política*, PUCP, Lima.
- QUIROZ, María Teresa
 1993 *Todas las voces. Comunicación y educación en el Perú*. Universidad de Lima.
- RAMA, Germán
 1986 "La juventud latinoamericana, entre el desarrollo y la crisis". En *CEPAL*, N° 29, Santiago de Chile.
- RODRÍGUEZ RABANAL, César
 1995 *La violencia de las horas, Un estudio psicoanalítico sobre la violencia en Perú*. Nueva Sociedad, Caracas.
- 1989 *Cicatrices de la pobreza*. Nueva sociedad, Caracas.
- RIOFRÍO, Gustavo
 1991 *Producir la ciudad (popular) de los 90. Entre el mercado y el Estado*, DESCO, Lima.
- TOCQUEVILLE, Alexis de
 1969 *La democracia en América*, Guadarrama, Madrid.
- VARGAS LLOSA, Mario
 2000 "Juegos de niños". En *Revista Caretas*, N° 1609, Lima.
- VEGA CENTENO, Imelda
 1994 *Amor y sexualidad en tiempos del SIDA. Los jóvenes de Lima Metropolitana*. Ministerio de Salud, Lima.
- WARTELLA, Ellen
 1998 "Violencia en la televisión norteamericana". En *Diálogos de la Comunicación*, N° 53, Lima.
- WHYTE, William
 1970 *La sociedad de las esquinas*. Diana, México.